









































que acababa de surgir era el cielo no de Zúrich, sino de alguna ciudad oriental cuyo nombre yo aún no había adivinado. Con independencia del asunto que pudiera retener a M. de Charlus y al chalequero, su acuerdo parecía concluido y no ser aquellas inútiles miradas otra cosa que preludios rituales, parecidos a las fiestas que se dan antes de un matrimonio decidido. Más cerca todavía de la naturaleza –y la multiplicidad de estas comparaciones es más natural todavía porque en mismo hombre, si lo examinamos durante algunos minutos, parece sucesivamente un hombre, un hombre-pájaro o un hombre-insecto, etc.– se hubiera dicho dos pájaros, macho y hembra, el macho tratando de avanzar, la hembra –Jupien– sin responder con señal alguna a esa maniobra, pero mirando a su nuevo amigo sin esbozo, con una fijeza desatenta, juzgada sin duda más excitante y la única útil, desde el momento en que el macho había dado los primeros pasos, y contentándose con alisar las plumas. Finalmente la indiferencia de Jupien no pareció bastarle; de aquella certeza de haber conquistado, a hacerle perseguir y desear, no había más que un paso, y Jupien decidiéndose a ir a su trabajo, salió por la puerta cochera. Sin embargo no fue sino después de haber vuelto dos o tres veces la cabeza –cuando escapó a la calle a la que el barón, temblando ante la idea de perder su pista (silboteando con aire fanfarrón, no sin gritar un «hasta luego» al portero que, medio borracho y ocupado en atender a unos invitados en su trascocina, ni siquiera lo oyó), se precipitó para alcanzarlo. En el mismo instante en que M. de Charlus había cruzado la puerta subiendo como un gran abejorro, otro, este de verdad, hacía su entrada en el patio. ¡Quién sabe si no era el esperado desde hacía tanto tiempo por la orquídea, el portador de aquel polen tan raro en el cual permanecería virgen! Pero me distraje de seguir los retozos del insecto porque, al cabo de unos minutos, solicitando más mi atención, Jupien (acaso para recoger un paquete que más tarde se llevó y que, en medio de la emoción que le había causado la aparición de M. de Charlus, había olvidado, acaso simplemente por una razón más natural), volvió, seguido por el barón. Este, decidido a precipitar las cosas, pidió fuego al chalequero, pero inmediatamente observó: «Le pido a usted fuego, pero veo que he olvidado mis puros».